

Deseo de perdón

El Evangelio nos anima a ir incluso más lejos: la justicia debe prolongarse en el perdón, las sociedades humanas no pueden vivir sin él. En muchas partes del mundo, las heridas de la historia son profundas. Atrevámonos a poner fin a lo que puede terminarse hoy. Así un futuro de paz, preparado en el corazón de Dios, podrá desplegarse plenamente (Hermano Alois, Carta de Chile).

Orla (Irlanda)

Desde siempre me han enseñado que el perdón nos permite avanzar, que como seres humanos no podemos vivir sin él. Si una persona no puede perdonar a otra, las esperanzas de paz en el mundo disminuyen. Y, sin embargo, ¡necesitamos tanto esta paz! He podido ver los efectos del perdón a mi alrededor. He visto en algunas personas la capacidad de probar su amor por otras a través del perdón, sanando así una larga disputa familiar. Una disputa fútil ocasionó una ruptura entre dos generaciones que no se hablaban ni al cruzarse por la calle. Una vez que ambas partes reconocieron sus errores y aceptaron perdonarse, se creó la familia que siempre debimos ser.

En mayo de este año, tuvo lugar en Irlanda un evento memorable. Por primera vez desde nuestra independencia del Reino Unido hace casi un siglo, nuestro presidente invitó a la reina de Inglaterra en visita de Estado. El objetivo de este encuentro histórico era acercar a estos dos países heridos por las actuaciones de nuestros predecesores, que crearon profundas heridas en nuestra cultura y en nuestra historia, y comenzar un proceso de reconciliación entre dos naciones que han mantenido unas relaciones muy dolorosas. La reina visitó en primer lugar el «Jardín de la memoria» en recuerdo de «todos aquellos que dieron su vida por una Irlanda libre». Para mí, como para otros miles de civiles irlandeses, la visita al «Jardín de la memoria» inició un proceso de perdón por todos los ancestros caídos en nombre de la libertad. Creo que estamos en el camino de la paz y de la felicidad, algo que jamás hubiera sido posible si no se hubieran dado esos primeros pasos de reconciliación y de perdón.

Creer en el perdón de Dios no significa olvidar la falta. El mensaje del perdón nunca puede utilizarse para sostener las injusticias. Al contrario, creer en el perdón nos hace libres para discernir nuestras propias faltas, así como las injusticias en nuestro entorno y en el mundo. Depende de nosotros reparar lo que puede arreglarse. Sobre este arduo camino, encontramos un apoyo vital: en la comunión de la Iglesia, el perdón de Dios puede otorgarse de nuevo.

Rachael (Kenia)

Cuando murió nuestro padre en 1991, mi madre, ama de casa, quedó sola con tres niños de 7, 5 y 4 años. La familia de mi padre, que supuestamente debería ayudarnos, hizo justamente lo contrario. Tras el entierro, se sentaron y dividieron la propiedad de mi padre. Esto creó una brecha en nuestra relación y durante mucho tiempo no quise saber nada de ellos.

Como cristiana, comprendo que el perdón es un mandamiento de Dios y, cómo esperar que Dios me perdone si yo no perdono a los demás. En 2008, visité a mis abuelos y el deseo de perdonar creció en mí. Con el tiempo he conseguido liberarme del dolor. En febrero de 2011 murió mi abuela y pudimos estar todos allí como una familia. Nuestra relación no es perfecta, pero mejorará.

El perdón es difícil, pero es algo que debemos hacer. Comienza con el deseo de perdonar, y luego se da el paso hacia el perdón. No importa cómo sea de profunda la herida, perdonar es una elección que podemos hacer y Dios nos da la gracia y la fuerza para hacerlo. Una vez que has perdonado, Dios sana tu corazón de una forma maravillosa. He decidido perdonar siempre; es algo que debo hacer todos los días, por pequeñas ofensas y grandes también. Cuando perdono, estoy en paz y sé que mi Padre del cielo también me perdona.

Hay situaciones en las que no conseguimos perdonar. La herida es demasiado grande. Entonces debemos recordar que el perdón de Dios no falla nunca. En cuanto a nosotros, a veces conseguimos perdonar sólo por etapas. El deseo de perdonar es ya un primer paso, incluso cuando este deseo permanezca sumergido en la amargura.

Tom (Inglaterra)

La reconciliación no significa olvidar el pasado, sino estar preparado para perdonar. Las palabras de Juan XXIII cobran actualidad en nuestro días, “No andemos buscando quién se equivocó ni quien tuvo razón... digamos sencillamente, ‘Reconciliémonos’”. A comienzos de este año pasé dos meses en Israel, donde he tenido siempre presente esta cuestión de la reconciliación. ¿Cómo puede un país dividido por tantos muros decir “reconciliémonos”?

Intentar comprender puede ser el primer paso para construir una relación de confianza. El deseo de un futuro juntos puede ser un oasis de esperanza en un vasto desierto de división. No necesitamos buscar soluciones rápidas, sino realidades duraderas que puedan asegurar el futuro de todos los implicados.

¿Podemos volvernos hacia la paz de Cristo Resucitado en situaciones difíciles de conflicto? La reconciliación a la que Cristo nos invita porta las heridas del pasado pero no está totalmente definida por ellas. Nos alienta a avanzar, despertando en nosotros una comunión de confianza que crea nuevas posibilidades para vivir juntos.

Este es el verdadero “Shalom” de Dios, una paz que todos los corazones humanos pueden llegar a conocer. Esta paz es un encuentro compartido. Cuando compartimos esa paz con los que nos han sido confiados, los muros se desmoronan. El perdón transmite esta paz, incluso cuando todo parece perdido. ¿Pueden Israel y Palestina estar abiertos a esta paz? No olvidar el pasado, portar las heridas, pero mirar hacia una nueva vida que puede surgir cuando el perdón se hace realidad. La paz puede llegar incluso cuando las puertas parecen estar cerradas (Juan 20,26).

El deseo de perdonar es ya un primer paso, incluso cuando este deseo permanezca sumergido en la amargura. Al perdonar, Dios hace algo más que borrar nuestras faltas. Nos da una vida nueva en su amistad, animada día y noche por el Espíritu Santo.

Lorenz (Alemania)

“He disipado tus pecados como nube,” dice Dios en Isaías 44,22. A finales de 2010, algunos jóvenes de diferentes países europeos que participaban en el encuentro de Rotterdam estaban en la iglesia Maria van Jesse, en Delft, reflexionando sobre lo que Dios nos pide hacer por medio de su perdón.

Comprendimos estas palabras como un aliento para perdonar como él hace por nosotros. “Pero en algunos casos el perdón es verdaderamente difícil,” reconocía Hendrikje, de Alemania. “¿Dónde está el límite?” Yo le contesté: “Creo que Dios puede perdonarlo todo, porque conoce las razones de nuestro comportamiento; nuestro pasado, nuestros orígenes, nuestro entorno...”. “Tenemos que pedirle a Dios que nos perdone una y otra vez,” puntualizó Thomas, de los Países Bajos. “Por ello no podemos abusar de su misericordia; incluso si pecamos, tenemos que confiar en un Dios que nos perdona de todas formas.”

¿Y qué hay de “disipar como nube”? Ruben, también alemán, afirma: “Dios puede perdonar, pero no olvida”. Esto me recuerda el hecho de que el agua, sustancia que forma la nube, nunca desaparece, sino que se transforma. “Deberíamos intentar perdonar como Dios hace, incluso si a veces es imperdonable,” resume Thomas. Susanna (Alemania) cita el siguiente extracto de la carta del Hermano Alois: “‘El deseo de perdonar ya es un primer paso.’ Un pensamiento que puede ayudarnos”.

Durante las oraciones con decenas de miles de personas de distintas culturas y confesiones, nuestro deseo de perdonar las imperfecciones humanas de las personas cercanas se expresaba de una forma sorprendente. Mantengamos esa actitud viva – ¡incluso después del encuentro!

Y todos nosotros podemos hacer este descubrimiento: el perdón recibido o dado es creador de alegría. Saberse perdonado es quizás una de las alegrías más profundas, más liberadoras. Ahí está la fuente de la paz interior que Cristo quiere comunicarnos. Esta paz nos llevará lejos, irradiará para los demás y para el mundo.

Aimé (Costa de Marfil)

Desde 2002 hasta comienzos de 2011, mi país atravesó una crisis política que causó el desplazamiento de poblaciones y la pérdida de vidas humanas y pertenencias materiales. Seguí las crisis desde Francia y me apenaba ver el sufrimiento y la división en Costa de Marfil.

Con ocasión de una visita a mi país en julio de 2011, es decir, tres meses después del final de la crisis, fue una gran alegría ver que la población volvía a revivir junta. A pesar de las heridas todavía dolorosas, había alegría de vivir y la esperanza de un futuro en paz. Las relaciones entre amigos, vecinos, colegas... de frentes opuestos se mantuvieron y se suavizaban poco a poco.

Sin embargo, sería ilusorio creer que ya se ha pasado la página, pues las heridas siguen presentes. Se necesitará tiempo para curarlas y para perdonar. Las víctimas, de ambos lados, esperan justicia, una justicia «justa» y no una justicia «de los vencedores». Creo que esto es un factor primordial para la reconciliación.

Aún siendo consciente de las dificultades que hay que superar, la alegría de vivir que anima a los marfileños y su deseo de reconstruir sus vidas me hacen tener la esperanza de un futuro de paz. Esta esperanza está mantenida por mi fe cristiana que me enseña que el perdón y la paz encuentran su fuente en Dios. El Señor puede ayudar a Costa de Marfil a avanzar por el camino del perdón y de la reconciliación.

Cuando rezamos en el Padrenuestro: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos” su perdón ya nos toca. No son palabras en el aire: algo sucede cuando rezamos estas palabras que Jesús mismo nos enseñó. Y estamos preparados para perdonar también nosotros y a no condenar definitivamente a otra persona cuando hemos sido ofendidos.

Abraham (India)

El perdón y el amor de Dios son dos términos que a menudo son complementarios para mí. Al recitar el Padrenuestro, al afirmar, “Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden,” el término, “como” me solía hacer reflexionar. Jesús, dado su gran amor por nosotros, nos pide que perdonemos a los demás. Esto no quedó en meras palabras, sino que lo demostró con su vida, cada instante de su existencia.

En un momento crítico de mi vida, en el límite de la soledad y la tristeza, el amor de Dios, que siempre había dejado de lado, me llegó a través de la Palabra de Dios. Dios me llegó a través del verso en la Biblia, “eres mi bien amado,” que me produjo un sentimiento de fracaso frente a su amor y perdón. Recientemente, durante una semana de silencio, Dios me hizo darme cuenta de la profundidad de su amor hacia nosotros y cómo todos, incluyéndome a mí, nos alejamos de este amor. Toda una vida puede no ser suficiente para comprender totalmente este amor. Creo que a través del perdón podemos difundir el amor de nuestro Señor Jesús.